

Etnografi(ando) una escuela de cárcel, entre coordenadas familiares y extrañas. Posibilidades y límites de la antropología en casa.

Gretel Schneider (CONICET/ UNER)

greschneider@gmail.com

Resumen:

En el proceso de etnografiar una escuela de cárcel, me encontré con situaciones que en el trabajo de campo se planteaban y no me resultaban desconocidas. La Unidad Penal N° 1 de varones “Juan José O'Connor” de Paraná, donde funciona la Escuela Primaria N°27 “Vicente Fidel López” era un territorio familiar para mí, desde hacía 10 años. Desde fines de 2005, soy parte de un grupo de universitarios extensionistas que iniciamos con los detenidos, diversos espacios educativos y culturales, desde la perspectiva de la comunicación comunitaria. De allí surgió el taller de comunicación donde se trabajan varios lenguajes audiovisuales y se producen piezas radiales para transmitir una vez al año para toda la población penal, la Radio Abierta Chamuyo FM.

Ahora bien, en mi rol de investigadora, está presente mi lugar en la “radio chamuyo” y la relación que he establecido con los participantes de ese espacio, muchos de los cuales también son estudiantes de la institución educativa primaria. Esta relación, que es la que me va orientando en el itinerario -ya que me constituye-, también me lleva a problematizar sobre los límites y tensiones de la antropología en casa.

Y aquí es donde me pregunto, ¿cómo encaro el extrañamiento cuando la familiaridad es lo que me acerca a estos sujetos? ¿Qué es la familiaridad? ¿Cuáles son sus límites?

En mi doble rol, de extensionista y de investigadora, también me encuentro ante la posibilidad de desnaturalizar mi historia allí y es por ello que me interpela el zócalo común construido y que se entremezcla entre el taller de comunicación y la escuela: ¿en que sentido somos extraños y en cuál, familiares? ¿qué me permite y qué me cierra esa familiaridad?

1. La silla incómoda

Un martes frío y nublado de abril, me incorporé al grupo de tercer nivel “B” para compartir la clase de Ciencias Naturales. Podríamos decir que como *una alumna más*, me senté casi al final del aula, con mi libreta, como lo hacía habitualmente en ese y los otros tres cursos.

Yo estaba en la anteúltima fila, en la única silla que quedaba, muy poco confortable ya que era más baja que el resto y tenía una tabla partida -seguramente de otra silla- y sin soldar. De a ratos, me pellizcaba y si me movía, el asiento se resbalaba. A mi lado y junto a la ventana estaba Cristian T. y detrás: Emanuel, Matías y Josué. Los cuatro ya me conocían, de otras clases y sobre todo, del pasillo, donde solía esperar a los estudiantes mientras llegaban a la escuela y nos poníamos a conversar. Sin embargo, con Matías -a quien sus compañeros llaman Pequín- habíamos compartido charlas el año anterior: por varios meses había ido también a tercero. Este grupito, del cual la mayoría habitaba el pabellón 15, eran los más revoltosos del aula. Un poco por ser los más jóvenes -entre 18 y 21 años- y también por llegar a veces a la escuela luego de consumir alguna que otra sustancia¹.

Pasada una hora de clase y luego de una de las tantas y habituales interrupciones (en este caso, una maestra había entrado a buscar materiales del armario), Matías me preguntó:

– *Gretel, decime: ¿hace cuántos años que venís al penal?*

– *Un poco más de 10 años* – respondí sorprendida por la pregunta que apareció como de la nada.

– *Y ¿por qué venís también a la escuela?* – continuó preguntando Matías.

– *Ya sabés a qué vengo, ¿te acordás que les conté? Vengo a aprender de ustedes, para hacer un trabajo de la facultad* – dije ante la atenta escucha de los cuatro muchachos.

– *¿Vos te pensás que yo, si estaría afuera, vendría para acá? ¡Pero ni loco!* – dijo mientras gesticulaba, riéndose y haciendo reír a sus compañeros.

– *Es que estoy haciendo un trabajo y es lo que tengo que hacer* – insistí estancada en el paradigma del deber ser e intimidada por estar siendo objeto de las risas.

Josué tomó la palabra:

¹ Ellos mismos me contaron en otras circunstancias que consumían pastillas y fumaban marihuana; que el mismo personal penitenciario es quien los provee y que es muy fácil de obtener, ya que allí *hay de todo: esto es una cárcel*, dicen. Frecuentemente, llegan a la escuela bajo los efectos de estupefacientes pero sin manifestar violencia o resistencias, sino que es una manera más de sobrevivir a la tumba.

– *¿Ves? Lo que pasa es esto: no viene porque quiere, es porque acá hay plata de por medio, ¡date cuenta!* –le dijo a Matías mirándolo a los ojos, muy de cerca y agregó:– *¿O no es cierto, Gretel?*
–mientras dirigió su vista hacia mí, con un movimiento de manos y una sonrisa que lo afirmaba en el lugar de haberme *sacado la ficha*².

No pude decir nada más, aquello era cierto y yo **me di cuenta que estaba incómoda**, perturbada y no por estar sentada en la silla rota.

2. De la extrañeza a *ser del palo*

Luego de atravesar el puesto uno, el de acceso a la Unidad Penal N° 1 de Paraná “Juan José O'Connor”, suelo escuchar saludos y que gritan mi nombre, desde la cancha de fútbol. Agitan sus manos al verme algunos muchachos, cuyos rostros no distingo demasiado a la distancia. Mientras avanzo en el camino de ingreso, desde los pabellones me preguntan cómo estoy, qué tal ando. Es habitual y me ocurre las dos o tres veces a la semana que atravieso *el chapón*, el portón de entrada a la unidad penitenciaria más grande de la provincia. *Acá todos te conocen*, me dijo Juan, el maestro, cuando necesitó ayuda para llegar de un lugar a otro adentro del penal. Es que el taller de comunicación “La hora libre” y mi participación en *la escuela*, me ha dado cierta popularidad entre los detenidos.

“La hora libre” es un espacio que desarrollamos junto a docentes y estudiantes de la Universidad Nacional de Entre Ríos, a través de un proyecto de Extensión Universitaria del Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias de la Educación (UNER). Con un dispositivo pedagógico que se transformó en un taller de comunicación comunitaria en un ámbito de encierro, iniciamos este camino a fines del año 2005, cuando yo estaba finalizando la carrera de Comunicación Social.

Mis primeros arribos al penal fueron a ciclos culturales que organizaba la Municipalidad de Paraná y las funciones del grupo de teatro “¡Quiero retruco!” que se había conformado en ese momento. En esas instancias es que tuve la experiencia inicial de entrar a una cárcel: me impresionaron las

² Sacar la ficha es una metáfora de ver de qué va una persona, qué intenciones tiene en una determinada situación.

reglas para ingresar, las paredes pintadas a la cal, los alambres de púa, los guardias con las llaves de los muchos candados de *las leoneras* y las miradas tristes que ensombrecían las ocasionales risas.

El taller, así como otras actividades impulsadas por la institución universitaria, partió de una demanda específica, del deseo de un grupo de hombres detenidos de tener un lugar para la expresión y la creatividad.

El camino desde la extrañeza a la familiaridad en la cárcel, fue largo y complejo. No puedo decir que jamás sentí miedo de la cárcel, porque no fue así. Una noche antes de ir a uno de los primeros encuentros, en el noticiero local informaron sobre una pelea en un pabellón, con heridos graves de armas blancas –*las tumberas*–, fui al otro día realmente preocupada y me sorprendió que allí todos actuaran como si nada hubiese ocurrido y que de eso no se hablara. Lo pensé mucho antes de plantearlo a los compañeros detenidos, pero necesitaba decirlo. Por eso es que conté sobre lo que había escuchado por televisión, sin hacer preguntas ni dar más información que la vinculada a mis sensaciones y sentimientos. Fueron ellos quienes hicieron referencia a nuestra seguridad:

– A ustedes no les va a pasar nunca nada acá en el taller, ustedes son como la visita³ y lo que ven en la tele, son cosas que pasan todos los días en los pabellones, cosas de adentro.

En mis registros de ese momento escribí: *“luego de que Jorge nos dijo esto mientras el resto asentía, me volvió el alma al cuerpo”*. Para comprender mejor esta situación, podemos decir que la criminalidad y el delito, en ese momento se consideraban entre las principales inquietudes de la población en Argentina (Kessler y Merklen 2013) y no estábamos fuera de eso.

Uno de los objetivos del proyecto de comunicación comunitaria en esa primera etapa, era conformar un grupo, el de *los palabreros*, y se fue cumpliendo a medida que nos fuimos conociendo. Y a pesar de **nuestras buenas intenciones**, ellos desconfiaban: un grupo de estudiantes y docentes de la facultad, que llegan al penal, algo están buscando, *¿ustedes nos vienen a estudiar?*, preguntaban. Costó desterrar la usanza de los practicantes de psicología que llegaban a hacer entrevistas, para no volver, y por ello recibíamos preguntas inquisitorias que con el tiempo se

³ La visita es la llegada de sus familiares y amigos. En general se considera como el bien más sagrado que tiene un preso.

terminaron. De a poco, nos fuimos *sintiendo como la visita*, como parte de la familia y esto implicaba que seamos *oreja* para angustias y frustraciones -como cuando la libertad venía con demoras- y para historias de vidas complejas, temas que surgían espontáneamente en el taller de comunicación. Ser *palabrera* también implicó conocer cuestiones de la cárcel por dentro que no aparecen a simple vista, que tienen que ver con **el código carcelario** -que integra un lenguaje, una moral, jerarquías, costumbres, una estética, etc.

En el encuentro final de 2006, dijo uno de los compañeros, José Luis:

-Aprendimos mucho de ustedes y ustedes de nosotros... ¡no puedo creer todo lo que ha aprendido Gretel!

También con el tiempo encontramos la manera de tratar con los agentes penitenciarios, a distinguir sus jerarquías y a saber con quién valía la pena hablar y con quién no. Esto significó atravesar algunas situaciones de abuso de poder, requisas y cuestionamientos por parte del servicio. A estas prácticas aprendimos a considerarlas como aquello que ya viene con el uniforme, muchos celadores están acostumbrados a trabar todo lo que sea para el disfrute, la recreación o el crecimiento personal de los detenidos.

La construcción de la confianza, asimismo, hizo que con varios muchachos nos volvámos a encontrar *en la calle*⁴, compartir asados y cumpleaños.

La hora libre continuó, fue cobrando diversas formas. Desde hace casi 11 años, las producciones artísticas y comunicacionales son canales o excusas que facilitan procesos de producción colectiva y con ello de diálogo. La Radio Abierta Chamuyo FM es la posibilidad que tenemos, una vez al año, de abrir los micrófonos para toda la población penal y algunos visitantes y compartir algo de aquello que *todos tenemos para decir*. Esta fiesta, además, es muy conocida porque llegan grupos y músicos a tocar en vivo y suele tener repercusión en los medios de prensa local.

La vinculación sostenida con *los palabrer*os, es lo que me llevó a interesarme en la escuela. Una institución que todos los días funciona dentro de otra, gracias a otra y a pesar de otra, el Servicio Penitenciario. La Escuela Primaria N° 27 "Vicente F. López" acontece en un edificio que comparte con

⁴ Una vez recobrada la libertad o las salidas transitorias.

la Escuela Secundaria Nº 29 “Dr. Esteban Laureano Maradona”. Tiene cuatro aulas y una oficina conocida como “la dirección”. Allí se encuentra Fabiana, la directora con los profesores, también es el lugar donde se concentran las actividades administrativas, la biblioteca y se usa como espacio áulico, ya que algunos estudiantes suelen recibir clases y apoyo escolar.

El horario de la primaria es de 18 a 20.30, pero la actividad escolar propiamente dicha inicia 18.30 casi todos los días porque el servicio penitenciario *saca*⁵ a los estudiantes pabellón por pabellón y cada uno de ellos debe pasar por una requisita donde los palpan y revisan sus útiles, antes de ingresar.

A la escuela llegan hombres de 18 a 70 años que viven en los distintos pabellones que componen la unidad penal. Esto quiere decir que están cumpliendo diferentes causas, a cargo de la justicia provincial o federal. De un total de 610 detenidos⁶, van a la primaria alrededor de 50. Muchos no han culminado esta etapa educativa en libertad, otros allí aprenden a leer y escribir, otros recuperan saberes olvidados y todos tienen la posibilidad de **descontar** tiempo de cumplimiento efectivo de la pena⁶, yendo a la escuela.

Etnografiar una escuela de cárcel es el desafío que emprendí estos últimos años y para el trabajo de campo me valió la experiencia y el reconocimiento del antecedente de participar de la Radio Chamuyo, pero ahora en un nuevo rol, el de investigadora (Guber 2011). Y además de cargar una libreta, llegué allí con **una experiencia** de muchos años, la cual *merecía respeto*⁷, desde los estudiantes como desde los docentes⁸. Yo era, de alguna manera, *del palo*. Por esto es que no sentí

⁵ *Sacar* es el verbo que utiliza el servicio penitenciario como los detenidos cuando se los pasa a buscar por el pabellón para ir a alguna actividad fuera de la celda. Al responsable de esta tarea se lo conoce como *el coordinador* empleado penitenciario que no trabaja en la escuela, sí para ella. Es quien decide a quién *saca* para aprender y a quién no. Lo que siempre se le escucha decir es que de tal o cual pabellón no quiso salir nadie. Por su parte, los alumnos alegan que *no nos quisieron sacar*. ⁶ Dato a julio 2016.

⁶ A partir de las modificaciones que la Ley Nacional Nº 26.695 de Educación en Contexto de Encierro ha introducido, a la ley 24.660 de Ejecución de la Pena Privativa de la Libertad -en su Capítulo VIII- se beneficia con descuentos del tiempo de cumplimiento efectivo de la pena, a quienes cursan, aprueban y certifican trayectos de educación formal y capacitación laboral.

⁷ El respeto aparece como un valor básico y la vez supremo en el penal y en la escuela. El respeto, en el sentido que aquí nos referimos, es una devolución al mérito, un reconocimiento a cierto tiempo de llegar a allí.

⁸ Mi relación con el grupo de docentes de la primaria -y sobre todo con Fabiana, la directora-, comenzó luego de conocernos en los cruces en el Puesto 1 -el de ingreso y egreso al predio de la cárcel-. Los maestros siempre han sido invitados especiales a la Radio Abierta y esto hizo que comencemos a proponer -desde el equipo extensionista algunas actividades como maratones de lectura y ciclos culturales como cine, música y teatro en el ámbito escolar. Asimismo, en 2010, convocada por el Consejo General de Educación de Entre Ríos y la UNER, participé en el dictado de un módulo del postítulo “Educación en ámbitos de privación de libertad”, destinado a docentes de esta modalidad, donde participaron los maestros de la Vicente López.

resistencias al comenzar a formar parte de los espacios cotidianos. Claro que mi inserción fue progresiva, unos meses antes de ir dos o tres veces semanales, comencé yendo cada quince días y con algunas excusas -como invitar al inicio del taller de comunicación, entrevistarme con la directora o gestionar la autorización en el Consejo General de Educación para poder hacer mi trabajo allí-. Todos en la escuela se mostraron **muy abiertos y receptivos a mi presencia**, desde el inicio.

Unas semanas atrás, con la aparición de un grupo de estudiantes de la carrera docente de UADER, en calidad de *practicantes*, me di cuenta de **algunos escollos que** no debí atravesar por haber estado ya emparentada con la institución.

– *Un alumno se me acercó a que le corrija un trabajo y me dijo despacito: ¿cuándo se va a ir toda esta gente del aula? ¡Y eso que eran unas pocas chicas jóvenes y lindas!* –contó la maestra Moni una tarde antes de que lleguen los estudiantes a clases–.

Mi ingreso al campo fue privilegiado, incluso esos primeros días que llegué como investigadora, no necesité presentarme a mí misma sino que en la escuela había estudiantes que conociéndome del taller de radio, **tradujeron mi llegada**, si bien, era confusa: *¿cómo podía ser que una maestra⁹ de un taller venga a la escuela y no lo haga como maestra?*

3. Lejos, tan cerca

La escena con los estudiantes de tercero “B”, además de dejarme en el momento sin palabras, me hizo **sentir una extraña** en una habitual zona de comodidad.

Por primera vez, me acusé a mí misma de estar usufructuando lo que ellos me cuentan. Y no porque yo desconozca o niegue mi situación laboral o los términos de mi vínculo con la escuela, es decir, el *por qué estaba yo allí*. Y Josué lo tenía claro y probablemente la mayoría lo haya tenido claro. La que **no lo tenía claro**, era yo.

⁹ Si bien el taller de comunicación “La hora libre” se constituyó como un espacio de horizontalidad, donde todos somos *palabrer*os, en varias situaciones en las que me encontré con los muchachos luego de recuperar su libertad o bien ante su visita estando aún detenidos, me han presentado a su familia como *una maestra* del taller de radio. ¹¹ Si bien la tumba es la cárcel, *tumbear* es apelar al código carcelario.

La familiaridad, esto de *ser del palo*, de *conocer la tumba*¹¹ hizo que me esté engañando a mí misma -en un proceso de identificación con ellos y con sus circunstancias- o que no esté reconociendo los **fundamentos de mi propia práctica** (Strathern 1987). En esa fusión que significa ser parte y no ser un extraño, hay un enamoramiento que hizo que en la relación ficcional que en el trabajo de campo se construye, no resulte evidente y distinto aquello que nos une y lo que nos aleja.

Como sugiere Fasano:

El trabajo de campo es concebido como un espacio ficcional -en el sentido etimológico de <fictio>, construcción -en el que se establece un contrato que determina normas de relación y también de verosimilitud, en función de las representaciones sociales que los agentes tienen y construyen los unos de los otros (incluido el propio investigador). En el marco del trabajo de campo se definen los límites y las reglas de cada relación, que no tienen validez fuera de aquel. (Fasano 2014: 5)

La escena puso de relieve algunas condiciones de esa construcción relativa y con esto, lo que nos aleja. Algo se quebró de forma violenta y me aturdieron las esquirlas de *lo nuestro*, de aquello que nos unía.

“*Acá hay plata de por medio*” se constituyó en el abismo, en la lejanía irreconciliable. La distancia y la familiaridad comenzaron a ser confusas ¿acaso no era **yo** la que **me sentía** en casa? ¿acaso no había estado hasta ese momento como rehén de alucinaciones que **me hacían parte del nosotros?**

Era un hallazgo en mi propia reflexividad que **me llevó a poder extrañar** -exotizar- mi representación, quizás romántica, de ese artificio, el vínculo que habíamos establecido los estudiantes y yo.

Y esto me obligó a distinguir y a no perder de vista que aquello que estamos investigando, no es sino esa **posición que jugamos en el campo**, lo que construye un conocimiento sobre los otros en relación a mí misma y sobre todo, un **conocimiento de mí misma**.

¿Podría realmente llegar a *ser del palo* siendo mujer, clase media, escolarizada en los tiempos y formas que el sistema educativo impone y sin tener en mi historia conflicto alguno con la ley penal? Esa sensación de familiaridad, ¿me impedía percibir/ percibirme? ¿No estaba acaso **mimetizada** pero sin engañar más que a mí misma?

Los años de experiencia, ese saber sobre la cárcel y sobre **esa cárcel**, que me permiten moverme como pez en el agua en el territorio, en cuanto al extrañamiento necesario para etnografiar, no es más que un camuflaje. Un intento de **asemejarme** a los otros, sujetos a los que voy a conocer con fines posados en la investigación, que también podría significar el desarrollo de un proyecto o una idea compartida -como es habitual en mi rol de extensionista-.

Aquí, sin dudas, entra en juego la **autoridad etnográfica** (Strathern 1987) porque la expectativa sobre lo que *otros cuenten sobre ellos* y cómo lo hagan, no es lo mismo hacia alguien que es extraño, ajeno, a alguien como yo, quien coqueteo con cierta familiaridad, soy algo así como **una ahijada**. Como aquellos roles de parentesco ficticio (Lins Ribeiro 2011) que se construyen en el TC, puedo decir que no integro el clan ya que **soy portadora de otros rasgos culturales**, unos que difícilmente encastren allí. Sin embargo, la relación parte de una adopción construida de forma mutua, basada en un padrinazgo de muchachos privados de libertad, por quienes también fui bautizada¹⁰, que implica cierto acceso a su mundo, a su vida cotidiana.

Razones estas que implican que mi producción final está necesariamente ligada a los deseos e intereses de esos sujetos con los cuales comparto la práctica escolar, alumnos y docentes. Ahora bien, ¿cuáles son mis expectativas sobre mi trabajo en torno a ellos? No sólo es un desafío académico y comunicacional, sino que ético. Muchas veces los estudiantes llegan a la escuela y me dicen que *tenemos algo para contarte para el libro*¹¹ y luego que *yo te lo digo así nomás, vos vas a saber cómo contarlo*. En algunas oportunidades, han apostado a *mi libro* como el cáliz de la justicia:

¹⁰ Muchas veces y como un apodo, "Greta" es la manera que me llaman en la escuela. Si bien saben que mi nombre de pila es Gretel, así como ellos encuentran nuevos modos de nombrarse por los compañeros del pabellón o los amigos del barrio. Los alumnos de la escuela que van al Taller de Comunicación me dicen Gretel en el taller y a veces Greta en la escuela. De esta manera, percibí que esa modificación de mi nombre de pila no era por malentendido, sino porque comenzaron a darme cierta pertenencia, renombrándome.

¹¹ Luego de que comencé el trabajo de campo, los estudiantes comenzaron a indagar en mis intenciones. Les dije que estaba estudiando y tenía que escribir un trabajo de la facultad sobre la experiencia de quienes estudian en escuelas de cárcel, *algo así como un libro*, se me ocurrió decir para no hablar de investigación que se asocia a investigación criminal, muy fácilmente allí. Sin embargo, no advertí que mi llegada a la escuela justo coincidió con la publicación del libro "Los hijos del narco" del periodista Daniel Enz. El tema estaba en los medios locales y según lo que pude escuchar en el penal, aparecían en el libro como personajes, varios de los detenidos. Y lo que se rumoreaba era que había que conseguirlo para ver qué decía y de quiénes. En esos días, me dijo la directora: *hablan de tu libro. Dicen que les preocupa que las cosas que vos escribas puedan llegar a comprometer sus causas, sus situaciones penales. Bueno, yo les dije que no era así, que jamás harías eso, que hace mucho que venís al penal al taller de comunicación y que a vos no te interesaban sus causas. Que venís a la escuela para saber de la escuela.*

porque vas a decir las cosas que nos pasan a los presos y que nadie sabe, que nadie quiere ver, cómo son las cosas realmente acá.

Además de en cada ocasión tratar de **moderar esas ilusiones**, me inquieta lo que ellos imaginan sobre lo que yo relevo. Matías, hace poco, un día que estaba en duda sobre si seguir yendo a la escuela o no porque se sentía muy sumergido en los problemas que acaecen en el pabellón y quería hablar de ello, me manifestó: *porque vos además de escribir sobre lo que hacemos en la escuela y sobre nuestros sentimientos, también vas a decir cosas de la vida carcelaria.*

Acaso ¿no es este poder de decir “cómo son las cosas realmente acá” con el **respaldo** que me otorga *ser del palo* lo que me permite ese coqueteo con la familiaridad? Considero, o mejor dicho, sospecho que todo lo que **me aleja**, en algunos momentos, **me acerca**. Cada uno de los aspectos que me distingue de ellos -los estudiantes de una escuela primaria que funciona en un penal- es el colchón de un depósito de confianza y que si ello no fuera así, (yo ante ellos) me convertiría en real. Dejaría ese **lugar ficticio de bisagra**, de poder jugar desde adentro y desde afuera, pero con *sus códigos*, esos que requieren *aplicar la tumba, si me vienen con la tumba*.

–*Ya que te gusta tanto venir acá a estudiar* –me dijo en tono propositivo Lolo en un recreo–
¿qué te parece si vos tomás mi lugar y yo el tuyo, por un día? Y ando en la calle, así como vos. Aunque –dudó volviendo a revisar sus palabras–, *no va a poder ser porque a vos te tienen que ingresar allá enfrente* –culminó señalando en dirección de la Unidad Penal femenina, cuyo predio está en la vereda opuesta a la de varones–. Más allá de la evidencia de que el género nos hace diferentes..., en caso de ser factible ese juego: ¿**accedería** yo a ese canje de posiciones? ¿a ponerme en su lugar y estar un día presa, *ya que tanto me gusta ir allí con ellos?* Seguramente no, porque no tengo la certeza acerca de que se mantendrían esas reglas tal y como yo las conozco y si sobreviviría a ello. Ahora bien, esa lejanía y la imposibilidad de ese canje, también constituyen mi afinidad sobre lo carcelario.

Y esa afinidad y padrinazgo que he encontrado en los detenidos de la Unidad Penal N° 1 hacen que *me ponga en vigilante* sobre que **no se malinterprete** mi lugar de etnógrafa en la escuela. Llego

Luego, con este grupo -tercero A 2015- conversamos sobre las diferencias de hacer escritura periodística y la de hacer etnografía y me dispuse a responder todas sus preguntas y dudas.

con una libreta que decidí no celar, para que no piensen que los *estoy investigando* -en el sentido que lo hace la policía o la justicia-. Como les intriga la producción final que aún no tiene fecha de edición, mis notas están **siempre disponibles** para que lean y hablemos de ello, me pregunten -y también me informen-. Cristian T., quien solía manifestar cierta desconfianza a que yo esté en el aula escribiendo, una vez se puso a mirar mi cuaderno de campo y rastreó todas las veces que yo lo había mencionado. Luego, me dijo: *pensé que nadie más que yo, se había dado cuenta que la gotera me daba en la espalda*¹².

Y a partir de esa **situación de interacción** -como una caja negra, mutuamente ininteligible (Guber 2011)-, su actitud hacia mí fue diferente. Ya que los dos habíamos percibido la gotera sobre su espalda, decidió dejar de lado las sospechas o los cuestionamientos que no me molestaban sino que los consideraba **parte del juego**. Quizás porque yo fui quien en ese momento percibió lo mismo que él, o porque esa escena no pasó desapercibida ante mi mirada.

De la forma en que la experiencia me encuentra, podría advertir que pueden ser **muy dinámicas las condiciones de la extrañeza o la familiaridad**, el trabajo de campo me lleva a encontrarme en la diferencia y en las lecturas compartidas, que vuelven complejo mi punto de vista. Si bien es cierto que esto de ser **una ahijada** me ha permitido acceder a integrar espacios y a compartir diversas situaciones del adentro, también me invitó a confundirme, a ver borrosos ciertos límites que me **entorpecieron el extrañamiento**, al identificarme con ellos en su condición humana.

Estas situaciones y discusión, un poco conmigo misma y también con la perspectiva etnográfica me invitan a preguntarme ¿qué es lo que me deja entrar al TC? ¿El extrañamiento o la familiaridad?

Roberto Da Matta advierte al respecto,

Sólo hay Antropología Social cuando existe de algún modo lo exótico, y lo exótico depende invariablemente de la distancia social, y la distancia social tiene como componente la marginalidad (relativa o absoluta), y la marginalidad se alimenta de un sentimiento de segregación y la segregación implica estar solo y

¹² Como el edificio escolar está muy descuidado en su infraestructura, los días de lluvia el agua penetra en el cielo raso y aquel día, bajo la gotera estaba Cristian T. Yo me había ubicado detrás suyo y observé cuando -sin decir nada-, decidió ponerse la campera de lluvia adentro del aula porque estaba siendo mojado por las gotas que se desprendían del machimbre en mal estado. Y a esto que vi, lo anoté en mi libreta con palabras sueltas.

todo desemboca -para conmutar rápidamente esta larga cadena- en la liminaridad y el extrañamiento. (Da Matta 2011: 215)

De esta manera, como ejercicio de **reflexividad consciente**, el proceso de investigación me requiere detenerme una y otra vez en mis notas de campo y dedicar mi atención a aquello que **habitualmente consideraría como natural** y escribirlo, contarlo como si lo estuviera vivenciando por primera vez y enriquecerlo de detalles para quien no ha visto la película. Algo que nos aporta, en este sentido, el campo de la comunicación social, es no perder de vista al lector. Y si bien, esas notas en mi diario no son más que apuntes para mí misma, le escribo a aquella extraña que fui, como hace mas de 10 años, para **poder compartir con alguien más una experiencia** (Fasano 2014).

La **familiaridad es como una capa de invisibilidad**, que muchas veces -como ya hemos dicho- necesitamos quitarnos. Permite no requerir tantos traductores, encontrar más fácilmente las fuentes y los informantes y “más naturalmente” un rol que no genere demasiadas resistencias entre los actores sociales. Y en esa relación de cercanía también es que muchas **preguntas resuenan como obvias**. Ya que no me tienen que explicar lo que es la tumba, pero tampoco es cierto que en la cárcel *estoy en casa*.

Bibliografía utilizada:

- Da Matta, Roberto (2011). “El oficio del etnólogo o cómo tener 'Anthropological blues'”. En En BOIVIN, M.; ROSATO, A.; y ARRIBAS, V. Constructores de Otredad. Antropofagia: Buenos Aires. □
- Fasano, Patricia (2014). “La etnografía: un método antropológico impregnado de comunicación”. En: CALETTI, S.; MUÑOZ, C. y RIGOTTI, S. (comp.) Actas de Primeras Jornadas de Investigación en Comunicación y Política: los problemas de la subjetividad y la cultura. Universidad Nacional de Entre Ríos. En prensa.
- Guber, Rosana (2011). La etnografía. Método, campo y reflexividad. Grupo Editorial Norma: Buenos Aires.
- Kessler, Gabriel y Merklen, Denis (2013). “Una introducción cruzando el atlántico”. En Castel, R; Kessler, G; Merklen, D y Numa, M. Individuación, precariedad, inseguridad ¿Desinstitucionalización del presente? Paidós: Buenos Aires.
- Lins Riveiro, Gustavo (2011). “Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica”. En BOIVIN, M.; ROSATO, A.; y ARRIBAS, V. Constructores de Otredad. Antropofagia: Buenos Aires.
- Strathern, Marilyn (1987) "Los límites de la auto - antropología" En: Jackson, A. (ed.) (1987) Anthropology at home. London and New York: Tavistock Publications, pp. 16-37.